

CASTELLÓN

Café del Mar (14 enero 93).

Art Farmer (tp), Brad Mehldau (p), Zé Eduardo (b) y Stephen Keogh (bat).

ZARAGOZA

Pub Carbeño, los miércoles jazz en vivo. Organizado por la asociación Zarajazz, han iniciado la experiencia con grupos de Barcelona y de esa ciudad.

PARIS

Lionel Hampton and his Orchestra (Le Meridien 28 dicb. al 9 de enero).

Benny Bailey Quartet (Petit Journal 12/13/14 enero).

Barney Wilen Group (Petit Journal 20/21 enero).

Dee Dee Bridgewater (Studio de la Opera Bastille 22 y 29 enero).

Paris-Barcelona Swing Connection (Petit Journal 30 enero)

Jan Harington Quartet (Espace Jean Vilar-Amilly 24 enero).

The Golden Gate Quartet (Espace Carpeaux-Courbevoie 29 enero).

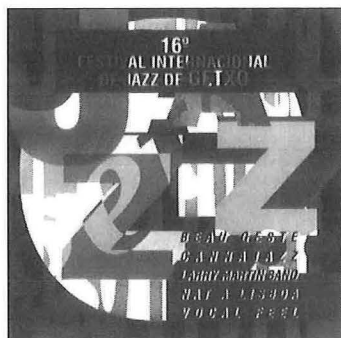
Michel Petrucciani, piano solo (Centro de Arte y Cultura de Mame la Vallée-Noisiel 9 febrero).

ESPAÑA

La Sociedad General de Autores de España convocó el Premio SGAE 1992 de Jazz, al que podían concurrir los compositores socios y que tenía como fecha tope para la recepción de obras el 16 de noviembre. Los originales presentados se aproximan al centenar. El primer premio es de un millón de pesetas y la SGAE producirá un disco compacto con las obras ganadoras.

El batería Jorge Rossy ha conseguido el segundo premio en la Thelonious Monk International Jazz Drums Competition, correspondiente a la convocatoria de 1992, que se falló a finales de octubre en el Lincoln Center, Nueva York. La cuantía del premio asciende a cinco mil dólares, donados por Sony Music Enter. El primer premio, diez mil dólares, lo dona Coca-Cola, y ha sido otorgado a Harold Summey.

El disco compacto que recoge las actuaciones de los grupos seleccionados (incluido el ganador, J. M. Carles Trío) en el pasado Festival Internacional de Getxo, ha tenido una excelente acogida por parte de músicos, crítica y público, tanto por su calidad como por la iniciativa (privada), que supone llevar adelante estos proyectos. Se puede adquirir (edición limitada y numerada) solicitándolo en el teléfono/fax (96) 146 49 09, o por correo a Duplival, S.L. José Alfonso, 4 (Urb. Alfinach), 46530 Puçol (Valencia).



En el diario *El País* del día 29 de octubre, en la sección *Vida Social*, dentro del apartado *Cumpleaños*, aparecía lo siguiente: "Mañana día 30, cumplen años las siguientes personas: Clifford Brown, músico de jazz, 62; ..." El trompetista habría cumplido años ese día, si no fuese porque murió el 26 de junio de 1956.

Mirlo Música distribuye en España el sello americano Reservoir: ediciones actuales, grabadas en DDD, que además incluye una sección dedicada a pianistas bajo el genérico *New York Piano Series*. Las primeras grabaciones disponibles en nuestro mercado corresponden a J. R. Monterose y Tommy Flanagan, Pepper Adams, Valery Ponomarev, Kenny Barron, Dick Berk y Nick Brignola. Mirlo se encarga también ahora de la distribución del sello sueco de jazz fusión, Maxus Records.

Con cierto pesar se anuncia el prematuro final de la programación *Paralelo Madrid-Otras Músicas*, ofrecida durante la pasada temporada en el Teatro Pradillo, coordinada por iniciativa del músico y compositor Llorenç Barber. Un Festival de Música de Acción habría sido el práctico punto final de una historia que murió por la retirada de apoyo del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea.

DEL MUNDO

DOWN BEAT: 40th Annual Critic Poll

En esta revista lo habíamos anticipado: Joe Henderson sería el gran triunfador del año en la encuesta que anualmente realiza la prestigiosa revista de Chicago *Down Beat*, entre críticos de todo el mundo (aunque después la participación internacional sea poco menos que testimonial). Y Henderson ganó, pero nos quedamos cortos en la previsión; su disco *Lush Life* fue el mejor del año, pero también se llevó los galardones como mejor saxofonista tenor y Música del año. Es un premio que alegra a mucha gente, la interrupción de una injusticia que parecía enquistada. El segundo mejor disco fue *People Time* de Stan Getz y Kenny Barron, el segundo saxofonista tenor Sonny Rollins y el segundo Música del año, otro saxofonista: David Murray.

Antes de detallar las especialidades habituales que interesan a los lectores (recordemos que *Down Beat* también premia categorías en Rock and Roll, Blues y R & B), mencionemos especialmente el premio a la mejor reedición discográfica; se trata de la monumental recopilación de Mosaic *The Complete Capitol Recordings of Nat King Cole*, seguida de *The*

Prestige Recordings of John Coltrane. Premios justos porque ambas recopilaciones fueron causantes de que a miles de aficionados de todo el mundo se les hiciera agua la boca.

El resto de los premios es el que sigue (entre paréntesis figuran los que obtuvieron el segundo puesto); trompeta: Wynton Marsalis (Lester Bowie); saxo soprano: Steve Lacy (Branford Marsalis); saxo alto: Phil Woods (Jackie McLean); saxo barítono: Hamiet Bluiett (Gerry Mulligan); trombón: Ray Anderson (J. J. Johnson); clarinete: Don Byron (Eddie Daniels); flauta: James Newton (James Moody); vibráfono: Milt Jackson (Bobby Hutcherson); piano: Tommy Flanagan (Kenny Barron); órgano: Jimmy Smith (Jimmy McGriff); guitarra acústica: John McLaughlin (Jim Hall); guitarra eléctrica: John Scofield (Bill Frisell); contrabajo: Charlie Haden (David Holland); bajo eléctrico: Steve Swallow (John Patitucci); violín: Stephane Grappelli (Billy Bang); batería: Max Roach (Jack DeJohnette); instrumentos misceláneos: Toots Thielemans, flauta (Howard Johnson, tuba); cantante masculino: Joe Williams (Bobby McFerrin); cantante femenina: Betty Carter (Abbey Lincoln); grupo vocal Take 6 (Manhattan Transfer); compositor: Muhal Richard Abrams (Carla Bley); arreglista: Carla Bley (Benny Carter); big band: Sun Ra Arkestra (Count Basie); combo: Wynton Marsalis (Art Ensemble of Chicago). Ninguno de los premiados en el apartado "Grupo eléctrico de Jazz" hace en realidad jazz, y aunque el nombre del primer premiado es ilustre, lo ignoramos en castigo por transfuguismo. El mejor productor del año fue Michael Cuscuna y el segundo Orrin Keepnews, lo cual no causa sorpresa porque el año jazzístico discográfico se ha visto engalanado por las fantásticas producciones de ambos.

Análisis no haremos, pero sí mención a un par de asuntos. Habida cuenta de los nombres que aparecen, sigue siendo difícil destronar a viejas glorias que están en el candelero desde hace 40 años, los que *Down Beat* lleva haciendo este certamen. Los ejemplos saltan a la vista: J. J. Johnson, Milt Jackson, Max Roach, Phil Woods, Jackie McLean... el arte vivo del bebop, una música que todavía no ha terminado de descubrirse, según opina Barry Harris (*saggio uomo*). Pero hay más: cierto clasicismo intemporal es difícil de desterrar mientras se mantengan vivos y en actividad algunas gloriosas personas como Benny Carter, el cual sigue siendo considerado (y con toda la razón) como uno de los mejores arreglistas del mundo en que, por suerte, le tocó vivir y al cual no brindó más que belleza, ingenio y expresión. En diferentes apartados de "Talentos dignos de reconocimiento", no abundan, como sería lógico, los nombres nuevos; no los elencaremos por falta de espacio. ¿Qué ocurrirá en 1993, año I de la era de Clinton?

Los premios otorgados en la última edición del Europa Jazz Contest, celebrado en Bruselas, han recaído en el grupo holandés Meeting Point (1º), François Théberge Group, de Francia (2º), que ha conseguido también el premio al mejor instrumentista para su líder y baterista, y, en tercer lugar InSpec-tor, de Polonia.

En Milán se ha creado un nuevo laboratorio musical, llamado Chet Baker, cuyos fines son formar al estudiante desde el punto de vista teórico (análisis, armonía) al práctico (ser integrante de un dúo o de una big band). Información en Scuola Europa, Via Caviglia -20139 Milán-.

El Carnegie Hall inauguraba el 22 de octubre una nueva temporada que contará con cuatro conciertos producidos por George Wein e interpretados por The Carnegie Hall Jazz Band, que dirige el trompetista Jon Faddis y que incluye, entre otros miembros, a Ron Carter, Slide Hampton, Ralph Moore, Lewis Nash, Lew Soloff, Steve Turre y Bobby Watson. Cada uno de los conciertos tiene una temática: Saxophone Summit (el primero), Legacy of Miles, el segundo, celebrado el 3 de diciembre; The Carnegie Hall Jazz Band Salutes Tito Puente: Salsa in Jazz, que tendrá lugar el 4 de marzo, y por último, el 15 de abril, A Tribute To Erroll Garner.

El club Village Vanguard ha estrenado piano. Lorraine Gordon, propietaria del club, asesorada por McCoy Tyner y Michel Petrucciani, se ha decidido por un Steinway. La elección del viejo piano, vendido recientemente, fue de Bill Evans y Max Gordon, propietario del club hasta su muerte.

La banda sonora de la película *The Unforgiven*, dirigida por Clint Eastwood, está compuesta por Lennie Niehaus. Michel Portal es el compositor de la banda de sonido de *Albert souffre*.

Don Grusin, teclista y compositor, hermano menor de Dave Grusin, ha lanzado un nuevo disco (*No Borders*-GRP) que define como un viaje a través de Senegal, Brasil y Argelia, y que muestra su fascinación por la universalidad que tienen las diferentes músicas de aquellos países. Se confiesa admirador de Papa Wemba, Mory Kante y Youssou N'Dour, aunque no abandona sus trabajos acústicos, en los que trabaja actualmente junto a su hermano.

La legendaria serie *Jazz Tribune*, de RCA, integrada por otra colección no menos importante, *Black and White*, aparecerá próximamente en el mercado en edición digital. BMG tiene preparados los primeros quince títulos a reeditar.

Próxima aparición del disco del cuarteto del saxofonista David Murray, para el sello japonés DIW, en compañía de Branford Marsalis.

SteepleChase anuncia la aparición de un triple *cedé* con grabaciones inéditas del pianista Bud Powell.

Siesta Records es un nuevo sello francés que lanzó en noviembre sus dos primeros discos a nombre del guitarrista Eric Löhner y del acordeonista Richard Galliano.

El catálogo de Criss Cross presenta seis nuevos álbumes de Philip Catherine, Jimmy Raney, Steve Nelson, Ralph Lalama, Tom Williams y Ralph Bowen. También importantes reediciones a nombre de Johnny Coles (*New Morning*) y de David Pike y Cedar Walton Trio (*Pike's Groove*).

WEA inicia en 1993 la reedición del catálogo completo del sello Orange Blue: Ben Sidran, Clémentine, Johnny Griffin, Jimmy Rowles, Doc Cheatham, Harry 'Sweets' Edison, Bob Dorough y Laurence Saltiel.

Ediciones du Limon, dentro de la colección Mood Indigo, acaba de publicar un libro sobre el clarinetista y saxofonista Willem Breuker, firmado por François y Jean Buzelin. Ediciones Filipacchi, en la colección Jazz Magazine, publica el libro *Ella Fitzgerald, una vida a través del jazz*. Esta traducción al francés del original de Jim Haskins, se anuncia como la biografía más auténtica de la cantante, disponible hasta ahora.

LIBROS

Jazz al Sur. La música negra en la Argentina. Sergio Pujol. Emecé, Buenos Aires, 1992, 372 pp.



Jazz al Sur establece desde su título una referencia posicional respecto a ese origen de coordenadas que son para el jazz los EE.UU. Este inteligente punto de partida permite a su autor abordar sin complejos innecesarios la historia del jazz en Argentina, concediendo su carácter de crónica local, pero sin renunciar a entroncarla en un contexto más amplio, en el que ocasionalmente llega a incidir. Sergio Pujol tiene el buen criterio de no perder de vista los acontecimientos que van perfilando la historia del jazz en el resto del mundo, y especialmente en Norteamérica, así como los eventos socio-políticos y musicales de la propia Argentina. Ello le permite evaluar lo que sucede con el jazz argentino, reflejo de las luces que llegan del exterior, pero consecuencia también de acontecimientos internos. Entre estos últimos destaca su coexistencia con el tango, polo magnético, éste sí, que marcó el Norte en Buenos Aires de uno de los movimientos musicales más trascendentes del siglo XX. No es de extrañar, por ello, que los caminos del jazz argentino y del tango se crucen con frecuencia, compartiendo no sólo escenarios, sino interpenetrándose musicalmente. No fueron pocos los tangueros que se sintieron deslumbrados por la riqueza tímbrica y, con el tiempo, armónica del jazz (desde Canaro y De Caro en los veinte hasta Piazzolla en los años recientes). Y como los propios tangueros, muchos jazzmen cruzaron la frontera: Oscar Alemán persiguió su suerte en el París de entreguerras, en los cincuenta Enrique Villegas tentó a la fortuna en la meca estadounidense; finalmente, Lalo Schifrin y Gato Barbieri hicieron de los músicos de jazz argentinos una referencia de calidad.

Pujol va anotando en su libro, con paciente meticulosidad, los acontecimientos y los nombres que configuran la historia del jazz en Argentina, enmarcados siempre, como se ha señalado, en un contexto más amplio con el que trata de justificar que su desarrollo va siendo condicionado, y en ocasiones es consecuencia directa, de circunstancias concretas. El cronista no ha conocido directamente la mayor parte de los acontecimientos que describe, su propia edad se lo impide, pero ello no hace de su relato una crónica aséptica. Además de una sentida interpretación como historiador, Pujol introduce las lupas amplificadoras de los testimonios de primera mano para analizar en detalle acontecimientos significativos (y es éste uno de los méritos principales del libro). Pero lo hace en su justa medida, para no hacer del libro un texto coral y dispersivo. Ello nos permite tener una impresión vivida, por ejemplo, de lo que supuso en Argentina el cisma del bebop o la revolución del free jazz, y un sismograma preciso de los epicentros emocionales que desencadenaron el paso por el Hot Club de Buenos Aires de Armstrong o la primera visita de la orquesta de Ellington.

En su libro, Pujol cumplimenta también a otros estudiosos de la música afroamericana, de los que Ortiz Oderigo es el más conocido. No falta tampoco la referencia a ilustradores -Sábat- o novelistas -Cortázar- que encontraron en el jazz motivo de inspiración. No es, por consiguiente, escasa en argumentos la historia del jazz argentino. Por eso mismo es natural que cuente con una larga tradición de revistas especializadas, desde *Sincopa* y *ritmo* en los años treinta a *Guía de jazz* en los ochenta. Todas ellas, lamentablemente, de corta andadura, circunstancia que parece mostrar el carácter vivo, aunque, como en tantos otros países, inconstante, del jazz en Argentina.

Libro, en definitiva, denso, escrito con firme caligrafía y de erudición manifiesta. Pero de una erudición no gratuita, sino puesta al servicio de los acontecimientos jazzísticos que se describen. Un libro que se lee con fruición, aunque los acontecimientos que se relatan nos resulten en gran parte lejanos. Y, sobre todo, un texto que nos hace anhelar esa crónica del jazz en España que parece irse dilatando cada vez que se anuncia estar próxima a aparecer.

J. L. S.

P.D.: Además de los escritos de Cortázar, y una parte de los trabajos de Schifrin y Barbieri, todavía pueden encontrarse en librerías especializadas algunos de los títulos de Ortiz Oderigo editados por Ricordi. A Oscar Alemán está en gran parte consagrado el disco compacto *Jazz Time* vol. 51 (EMI 798997-2).

~~~~~

*Salsa Caribe y otras músicas antillanas.* M. V. Núñez y R. Guntín. Ediciones Cúbicas, Madrid, 1992, 108 pp.

La generación espontánea no existe, y menos en música. Conviene recordar este principio biológico para aquellos que, deslumbrados por la eclosión de la salsa, piensen que un puñado de cantantes que están en boca de todos son los creadores del estilo musical que los encumbra. Mucho antes de que ellos mismos existieran, la música latina fue labrando su cauce, profundizándolo y engrandeciéndolo con la incor-

poración de nuevas corrientes musicales, y penetrando en otras, hasta concluir en la caudalosa y diversificada realidad de hoy. A restituir ese curso largo, meandri-forme y muchas veces difuso en el pasado, que es la historia de la música latina, y a analizar sus formas actuales, dedican el libro sus autores. Un trabajo arduo, ya que para realizarlo con rigor se requiere, por una parte, profundizar en la música latinoamericana hasta su sustrato más profundo, las culturas musicales populares europeas y africanas trasplantadas a América, y, por otro lado, revisar y concatenar los estilos musicales de hoy, que son muchos y dispersos como consecuencia de los avatares históricos diferenciales a que estuvieron sometidos. Núñez y Guntín eligen para hacerlo un espacio geográfico concreto, aunque sin perder de vista el resto: el área del Caribe. Un punto de encuentro en el que se consumaron algunos de los mestizajes más fecundos de las tradiciones musicales importadas a América y vivero excepcional en el que se desarrollaron como músicas americanas los híbridos resultantes. Y también un enclave que, como una tormenta tropical, estalló periódicamente llevando sus vientos huracanados a toda América y, de forma más amortiguada, al resto del mundo.

El mayor mérito de los autores está, sin duda, en suplir con intuición la frustrante ausencia de huellas del pasado, para poder hilvanar de forma coherente la historia de la música caribeña. La minuciosidad en la búsqueda y análisis de los escasos testimonios existentes, la obligatoriedad de agotar sus posibilidades como hitos concretos entre los que poder ir interpolando el resto de la historia, es lo que hace admirable el trabajo. Asimismo el propósito de no dejar huecos en la revisión de la realidad actual de la música del Caribe. En este sentido, la sola enumeración de los capítulos del libro es reveladora: abarcan desde el análisis de la cultura afroantillana hasta las manifestaciones musicales más recientes. La extensa bibliografía y la discografía referencial incluidas como apéndices apuntan en la misma dirección.

Pero tan apasionante como el pasado y el presente de la música latina puede ser su futuro. Los autores no anticipan hacia donde se dirige ese futuro: "Fundir, unir, reelaborar la música tradicional con la música clásica o el jazz, integrar los ritmos afroamericanos en un único conjunto sonoro, asimilar toda esa riquísima tradición (...) en función de un nuevo sonido popular y sofisticado a un tiempo". Es más que probable que así suceda. Caminamos hacia una música interpenetrada por todas las músicas. Una música universal que acaso anticipe un mundo que quisiéramos sin fronteras. Ni políticas, ni económicas, ni sociales.

En resumen, un libro bien estructurado y convenientemente ilustrado que configura una guía imprescindible para adentrarse en los territorios, tan diversos como poco explorados, de la música del Caribe.

J. L. S



## Una "jazz novela": *El secreto de Saladeures*

Desde los años veinte se han publicado centenares de libros sobre jazz, historias, diccionarios, biografías, discografías, etc.

Sin embargo, se han publicado muy pocas obras de ficción en las cuales el jazz tenga un papel importante. Las pocas novelas que se han escrito en torno al jazz son bastante mediocres y la única hasta hoy, si mi memoria no me falla, que tiene algún relieve, es *Young Man With A Trumpet* de Dorothy Baker, inspirada en la vida del ilustre Bix Beiderbecke.

Ahora tengo que rectificar ya que, hace poco, ha caído en mis manos la obra de Ramón Serrano titulada *El secreto de Saladeures*, publicada en 1990 por Muchnik Editores de Barcelona.

Ramón Serrano es un viejo aficionado al jazz y a Dios gracias cuando habla de jazz en su novela, y lo hace casi todo el tiempo, no dice ninguna tontería, sino que lo hace con conocimiento de causa.

La mayor parte de la obra se desarrolla en los años cincuenta en el Jamboree y sus alrededores. En la novela, Serrano describe con mucha exactitud la atmósfera que reinaba en el Jamboree, la curiosa fauna que se daba cita allí, extraña mezcla de *jazz fans*, marinos de la American Navy, de paso por la ciudad, y mujeres de vida alegre.

Aparte de los personajes inventados, intervienen con papel importante el músico americano blanco Jack Hands y la cantante negra Gloria Stewart que ocuparon a menudo la tarima del Jamboree en sus comienzos. También trata Serrano en su obra del célebre —por aquel entonces— crimen de la calle Aragón, en el cual intervino Jack Hands.

Toda la novela está llevada con un ritmo excelente, el ambiente de la época está muy bien reflejado y como ya he dicho, Serrano habla de jazz sin meter la pata y sus constantes alusiones a discos de músicos famosos revela un buen conocimiento del tema y una gran sensibilidad.

Por todo ello no puedo más que recomendar su lectura. Estoy seguro de que los que sigan mi consejo pasarán un buen rato leyendo *El secreto de Saladeures*.

Alfredo Papo

## ABANDONARON LA ESCENA

Keith 'Red' Mitchell, contrabajista, nacido en Nueva York en septiembre de 1927, murió de un ataque al corazón, el pasado 8 de noviembre, en la ciudad de Oregón. Inició su carrera musical en la Armada como pianista y saxofonista, hasta que en 1949 se dedicó plenamente al contrabajo. Formó parte de los grupos de Charlie Ventura y Woody Herman, del trío de Red Norvo, del cuarteto de Gerry Mulligan y del trío de Hampton Hawes. Leonard Feather estimaba, en 1960, que Mitchell había participado en más de mil grabaciones en un período de cinco años. Decide abandonar su trabajo de estudio y en 1968 viene a Europa junto a Dizzy Gillespie. En los Países Escandinavos encuentra el ambiente que más le gusta y le anima a quedarse. Alternando sus estancias entre Europa y EE.UU., siguió trabajando y grabando junto a Ornette Coleman, Barney Kessel, Harold Land, Lee Konitz y Al Cohn, entre otros muchos.

El 7 de octubre falleció el baterista Ed Blackwell, a la edad de 62 años, en la ciudad de Connecticut, tras una larga enfermedad.

Sus primeras influencias fueron los percusionistas de Nueva Orleans, las bandas de los desfiles callejeros y Paul Barbarin. Entre 1956 y 1959 codirige junto a Ellis Marsalis The American Jazz Quintet, mientras en 1957 forma parte del grupo de Ray Charles. Después reemplaza a Billy Higgins en el cuarteto de Ornette Coleman, con quien graba *The O.C. Quartet, Free Jazz* (1961), *Ornette On Tenor* (1966), *Twins* (1959-61), *The Art Of Improvisation* (1959-61). Con John Coltrane grabó *The Avant Garde* (1960); con Don Cherry, *Complete Communion* (1965), *Symphony For Improvisers* (1966), y *El Corazón* (1982). Formó parte del grupo Old And New Dreams (Cherry, Redman, Haden y el propio Blackwell), creado en la atmósfera de los cuartetos de Coleman. Trabajó después junto a Anthony Braxton y David Murray.

El saxofonista George Adams falleció en la semana del 16 del pasado mes de noviembre, sin que al cierre de esta edición se conociesen más datos sobre su muerte.

El trompetista y compositor Johnny Carisi, de 70 años de edad, murió el pasado 3 de octubre a causa de una enfermedad de corazón. Entre otros títulos compuso *Israel*, para las sesiones de *The Birth Of The Cool*, escribió para Glenn Miller, Charlie Barnet y Claude Thornhill, y suya es la música de muchos espectáculos televisivos.

El pasado 30 de octubre falleció en Nueva York David H. Rosenthal, como consecuencia de una larga y penosa enfermedad. Tenía 46 años, era poeta, traductor de literatura catalana y portuguesa, periodista y crítico de jazz. En diferentes números colaboró con *Cuadernos de Jazz*, enriqueciendo estas páginas con sus artículos. Su fuerza de voluntad y capacidad creadora le permitieron seguir trabajando hasta prácticamente el último momento.

El multi instrumentista y compositor Hal Russell, nacido en 1926, falleció el pasado mes de septiembre en Chicago. Acompañó a músicos de la talla de Duke Ellington, Miles Davis, John Coltrane, Billie Holiday y Sonny Rollins, entre otros. Actualmente dirigía The NRG Ensemble, con cuya formación se editará próximamente el disco *The Hal Russell Story* (ECM), grabado en el verano del 92. En el mismo sello se acaba de editar su disco en solitario, *Hal's Bells*. ■

## ACLARACION

En el número 13 de esta revista, en la discografía de Kenny Dorham, se da como cierto que el disco *Kenny Dorham Memorial Album* (1960), es del sello Xanadu, cuando la primera edición fue del sello Jaro con el título de *The Arrival of Kenny Dorham*. Xanadu hizo una versión posterior en CD (mono), con el agregado que se especifica en la discografía, tomando para la sesión original una copia en disco por no tener acceso a las cintas originales. La última edición del original, extraída directamente de los masters stereo de Jaro, es la que recientemente ha puesto en circulación Fresh Sound Records.

## XIII Festival Internacional de Jazz de Madrid 27 de octubre al 18 de noviembre Carpa del Conde Duque

### UN TRECE DE AUTENTICA SUERTE

La influencia de Miles en el jazz se hizo evidente en la música que se tocó en este festival, tanto en la de los artistas que de hecho trabajaron con él (Al Foster, George Coleman, Mike Stern, John Scofield, Kenny Garrett y el quinteto que abrió el festival) como en la de quienes continúan difundiendo su variadísimo legado (Yellowjackets, los hermanos Brecker, Wallace Roney y Lester Bowie). Si consideramos toda la música que Miles grabó y la que Columbia/Sony y Warner Brothers tienen todavía por editar, pasará aún mucho tiempo antes de que podamos oír todo lo que este genio tiene que decirnos.

En última instancia, el concierto de apertura fue una noche triunfante de homenaje cariñoso no sólo a un gran músico sino a un enérgico mentor y a un amigo entrañable. Al tocar la música que grabaron con Miles en *E.S.P.*, *Nefertiti* y *Miles Smiles* (pero que el propio Miles rara vez tocó en directo en aquella época), Hancock, Williams, Holland y Shorter reinterpretaron con brillantez temas y composiciones con sonora claridad y total precisión, al tiempo que intercambiaron ideas en perfecta sintonía. Aunque no se esperaba menos de estos cuatro maestros, fue Wallace Roney la sorpresa de la noche. Tocar a la trompeta el repertorio de Miles, sin imitar su estilo y evocando su esencia, no es tarea fácil pero, con espirales de sonido y largas notas sinuosas, Roney estampó con determinación su propia firma en la música.

Lo mismo que comer bombones Godiva en la cama, Lyle Mays (28-10) siempre ha sido uno de mis vicios secretos, pero su cuarteto acústico fue más bien como comerse unos simples Nestlé. Sus composiciones originales como *Heartbreaker* y *Close To Home* tienen un aire lírico y sensible, pero las canciones en sí mismas son sólo baladas pop alargadas: su *Make Someone Happy* fue tan convencional que consiguió conjurar lo peor de la New Age y del Modern Jazz Quartet al mismo tiempo.

Las composiciones y la técnica de Delfeayo Marsalis (1/11) no son las de un maestro. Es todavía un viajero aprendiendo su oficio, pero en su música hay mucho por disfrutar: desde la exótica serpentina de aires turcos que fue *Virgin Mary* al hard bop estilo Kenny Dorham en *Nicodemus*, pasando por formas cercanas al free de Ornette Coleman en *Simon's Journey*.

La primera parte de la noche, sin embargo, consistió en 70 minutos de puro genio, jazz alegre y total: ¡Tete Montoliu y Niels Henning Ørsted-Pedersen! En *I Fall In Love Too Easily*, NHØP expuso el tema al contrabajo, mientras Tete exploraba e improvisaba dentro y en torno a la armonía con acordes que con-

siguieron rejuvenecer por completo este viejo tema. En *Lover Man*, Tete utilizó acordes vibrantes con la mano derecha y un toque de mano izquierda que recordaba al funky de Nueva Orleans, lo que hizo que NHØP no sólo marcara el tiempo sino que, mágicamente, tocara la melodía nota a nota. Dos maestros en la cumbre y, para la ocasión, la propina fue *In Your Own Sweet Way*.

Aunque Manhattan Transfer (2/11) no es un grupo de jazz, se apreciaron muchas influencias de jazz en su actuación. Cantaron 24 canciones, incluidas una estimulante *Airegin*, *I Remember Clifford* y *Joy Spring*, en la que Janis Siegel hizo un excelente solo. Como siempre, los divertidos nuevos números del grupo (*Ten Minutes Till The Savages Come*, *Gloria*) con su humor y sus alardes técnicos hicieron las delicias del público.

El que George Coleman (3/11) abriera su concierto con ricas y abundantes notas seguidas de turbulentas guimaldas de acordes en *The Night Has A Thousand Eyes*, alertó al público de la presencia de un auténtico maestro en la cumbre de su talento. Pero no fue el único maestro en este cuarteto: Billy Higgins, un genio suave con las escobillas, puede ser igualmente exigente cuando imprime swing sin parar como hizo en *Speed Ball*. Quien esté familiarizado con la vida de los clubes neoyorquinos, ya conoce el talento lírico del bajista Ray Drummond, que demostró aquí, una vez más en su composición *Susanita*. Ambos intercambiaron frases por detrás de un Coleman muy inspirado en el tema de Miles, *All Blues*. Sólo Harold Mabern parecía fuera de tono: tocó demasiadas notas, demasiado deprisa y, por otro lado, no fue muy generoso en su acompañamiento.



George Coleman.

Los Hermanos Brecker (4/11) han acogido varios aspectos de la World Beat Music en su reunión después de 11 años: música bikoutsí, afro-cubana, guineana, nueva samba brasileña, hip-hop... pero ni el saxofonista (Michael) ni el trompetista (Randy) han perdido ninguna de las características que les hicieron famosos. Su banda de fusión toca con maestría y poder. Desde las notas de Michael en registros más y más altos, y más y más largos en *Above & Below*, a las caricias emitidas por la sordina Harmon de Randy en *Common Ground*, su actuación galvanizó a la audiencia.

El concierto de Joe Henderson (5-11) había pasado ya su ecuador antes de que la música hubiese cogido temperatura. Quizá fuese la carpa semivacia, inadecuada para un sonido tan íntimo, o la deslucida labor del contrabajista George Mraz (que no brilló en toda la noche), pero no hubo coherencia en los solos de las tres primeras piezas: fue como si tocaran temas diferentes. Por fin, en el *Take The A Train*, de Billy Strayhorn, la música resucitó. El resto del concierto, que incluyó una brillante lectura de *Lush Life*, se disparó entonces a niveles muy altos.

Kenny Garrett (6/11) toca con el estrépito y el poder de un torbellino. Respalado por un grupo excelente, llevó el *Tutu* de Miles hasta un lugar de sangrienta oscuridad, llena de encantamientos primordiales, ¡un favor a las fuerzas vitales! Su versión de *Bye Bye Blackbird* trascendió el simple arte: unas notas de tal intimidad personal sólo se susurran al oído de Dios pero, a veces, los demás también gozamos de ese privilegio.

The Danish Radio Big Band (7/11) ofreció un recomendable concierto sobre algunos clásicos y otros temas originales, antes de que apareciera Michael Camilo en la segunda parte. Aunque no hubo ninguna novedad, fue una noche agradable y con swing.

No sucedió lo mismo con John Scofield (8/11). Su forma de tocar es tediosa y suena como si estuviera haciendo dedos; algo agrio y desafinado con una ligera distorsión al final. Crea una tensión nada agradable que pone los nervios de punta, como si manejara un torno de dentista. Y aunque en un dentista lo que más valoro es la técnica, en un músico lo que busco es alma. Y la suya está congelada.

Afortunadamente, eso no le pasa al tenor Joe Lovano: tiene fuego salvaje. Lo mismo que el batería Bill Stewart: no le dejen cruzar la frontera, es demasiado bueno para salir del país.

Los Yellowjackets (11-11) son una banda de fusión con truco: tocan un híbrido de rock y música disco con ligeros tintes de jazz (?) en alguna parte. Imagínense un cruce entre Iron Maiden y Donna Summer con acordes tortuosos y falsos climas a lo Motown y podrán hacerse una idea. ¡Ojalá me hubieran quedado en casa planchándome las camisas!

La música de Lester Bowie es funky y poética con una cautivadora monotonía que consigue transportar la esencia de la memoria musical a la conciencia colectiva de su público. Por ejemplo, su *Some-where* no recuerda tanto a *West Side Story* como a la famosa versión en concierto de Aretha Franklin, con arreglos de Quincy Jones, de los primeros 70. Apoyado por una sección rítmica estelar (Famoudou Don Moye a la batería y Betty Palmer al órgano y teclados) y el inteligente y sentimental Frank Lacy al trombón, Bowie se las apañó para citar en *Angel Eyes* otros diez clásicos de Sinatra antes de que yo perdiera la cuenta. Su *Come Back Jamaica*, de aires reggae, mantiene una síncope hipnótica que obliga a rendirse a cada pulsación de trompeta.

Tan sólo para demostramos que la melodía no lo es todo, el concierto de Jackie McLean (14/11) comenzó con un ampuloso solo del batería Eric McPherson, antes de que Jackie levantara todo un edificio musical con su magistral y compleja capacidad

Foto: J. A. García De Cubas

para crecer sobre las progresiones de acordes: la canción era *Rhythm Of The Earth*, pero su interpretación no era de este mundo. El quinteto cumplió con temas como *Tea For Two*, a ritmo de vals, con Jackie tocando el *Te Deum* que con toda seguridad podría haberse oído en el cielo.

Benny Green (15/11) no sólo es técnicamente brillante sino que su música se desborda con calidez y personalidad. Rápidamente se ha convertido en uno de los pianistas más importantes de su generación. Tanto en composiciones originales (como el tributo a su mentor Walter Bishop, *Bish Bash*, con acordes in crescendo con la mano derecha y rápidas notas con la mano izquierda en perfecta sincronía) o en clásicos (*Shiny Stockings*, que fue un tributo a Oscar Peterson y a Phineas Newborn, y aclaró las diferencias), bien ayudado por Ben Wolfe al bajo y Jeff Hamilton a la batería, su música fue en todo momento única, inteligente y llena de acogedora apertura.



Jackie McLean.

Foto: J. A. García De Cubas

El concierto de Nina Simone (18/11) magnificó todo lo bueno y todo lo malo de este festival. Lo bueno: la oportunidad de oír a otra gran artista (esta edición ha tenido la suerte de contar con una sobreabundancia de grandes artistas en muy buena forma). Lo malo: la Carpa del Patio Grande del Conde Duque no es en absoluto un lugar para escuchar jazz acústico. El sonido resulta estridente, sin bajos; el recinto es demasiado grande y, para empeorar las cosas, para este concierto quitaron todas las sillas y hubo que estar de pie, con lo que se creó un ambiente casi carnavalesco, de concierto de rock. Para Nina fue toda una batalla; a mitad de una canción pidió al público que guardara silencio: "Déjenme acabar, terminar enseguida y podrán hablar todo lo que quieran". A mitad de otra canción se dirigió a la masa irrespetuosa: "No me pongan a prueba". No creo que el público se diera cuenta de lo a punto que estuvo de marcharse del escenario. Si algún concierto debió celebrarse en el Auditorio Nacional, debió ser éste. Dadas las circunstancias, la actuación de Nina fue muy buena. ■

Don Hillegas  
(Traducción: Carmen Navajas)

### XXIV Festival Internacional de Jazz de Barcelona

24 octubre a 15 de noviembre

The Modern Jazz Quartet (27 octubre)

Lionel Hampton and his Golden Men of Jazz (8 noviembre)

Aunque el XXIV Festival de Jazz de Barcelona tuvo un programa bastante extenso, me limitaré a hacer la crónica de los únicos dos conciertos a los que asistí, en una suerte de apriorismo electivo que después no halló desmentida. Es cierto que por allí anduvo una Orquesta dirigida de Mercer Ellington y había otros reclamos de los que nos invitan "a ver qué pasa", pero la experiencia me indica que, en realidad, nunca pasa nada.

El Festival de Jazz de Barcelona se parece cada vez menos a un festival de jazz. Es, más bien, un acontecimiento organizado exclusivamente para que el dinero invertido entre otra vez en las arcas, pero multiplicado. Cualquier parecido en el programa con una elección cultural, es ilusorio. Hecha esta aclaración sobre la totalidad, vayamos a los particulares.

El concierto del Modern Jazz Quartet, al cual confieso que también asistí con reticencia, dado el cambio de último momento de Connie Kay por Mickey Roker, fue el mejor de los tres que tuve la suerte de presenciar de esta venerable organización (los otros fueron en 1961 y 1970 respectivamente). Estos adorables señores dieron una vez más una lección de musicalidad, profundidad y alegría cuando la mayoría de sus coetáneos se dedican a pensar en la próstata malandada o en la justicia de la prótesis dentaria; porque no debemos olvidar que años más o menos, el promedio es de setenta. El concierto, acústico (no había micrófonos ni siquiera para las presentaciones, realizadas alternadamente por Jackson y Lewis) tuvo una duración de dos horas, más veinte minutos de regalo. Los temas, sabiamente distribuidos, fueron dos de corte barroco, dos estándares, y ocho blues en diferentes tiempos. Los bises: *Bags Groove* y *Round Midnight*, brindados sin desmayo y con la mayor de las entregas. La música, invariable en el tiempo, perfeccionada hasta la obsesividad, dejó los habituales espacios para la expresión individual: un Milt Jackson que mira sorprendido al público cuando sabe que un solo suyo ha sido buenísimo, lo que ocurre en la mayoría de los casos; un John Lewis esencial, sensible, delicado y siempre pertinente, con ese sentido particular y sumergido del blues que, a propósito de su estilo, tan bien supo definir LeRoy Jones; un Percy Heath firme y clásico, con un par de solos conmovedores. En cuanto a Mickey Roker, es un deber reconocer que, a ojos cerrados, no se notaba la diferencia. Connie Kay, ausente por fractura de un brazo, le había prestado la batería de platos especiales: Mickey leyó cada una de las pulsaciones, menos los dos solos y varios sets de *breaks* que le correspondieron y que fueron muy aplaudidos. La elección de este baterista como sustituto, probablemente sugerida por el propio Kay, no hubiera podido ser más acertada (pese a su juventud: sólo tiene sesenta años). El único punto discordante fue la ejecución de un *Concierto de Aranjuez*, bien acogido por el público, pero fuera de contexto en uno de los conciertos más cálidos que yo haya oído del MJQ.

A la salida, el siempre cauteloso público barcelonés, entre el que abundaban personas muy jóvenes, formó corrillos para comentar las excelencias de lo que había visto y oído. Se comprendían las ganas de no dejar caer en el olvido una experiencia inigualable.

El concierto del 8 de noviembre satisfizo igualmente al público aunque aquí no hubo más sorpresas que la de comprobar que el "espíritu de nuestros ancestros" a que hace referencia Randy Weston, no sólo está vivo sino que colecciona con todo el salvajismo de que es capaz un animal multicéfalo. Los nueve señores presentados en la que quizá sea la última gira de Lionel Hampton, cubrieron todas las expectativas y llenaron el Palau de exaltación. Hampton apenas puede caminar, pero todavía baila, salta, toca y canta, y lo hace con una alegría contagiosa. Siendo como es uno de los hombres más ricos del mundo del jazz, su pequeña orquesta y su gira solamente pueden comprenderse desde el deseo irrefrenable de ser feliz y, por extensión, hacer felices a los demás. Nostalgias aparte, porque el viejo vibrafonista hizo música de otra época, algunos momentos de *catharsis in blue* hicieron que el público se olvidara de su nombre y pasara a formar parte de un colectivo energético, intrínsecamente positivo. Cada uno de los miembros de la orquesta tuvo un par de posibilidades de mostrarse. Benny Golson, Jimmy Woode (reemplazo del anunciado Arvell Shaw) y Bobby Durham, sin los inconvenientes de la edad avanzada, cumplieron con sus papeles con gran solvencia; Golson interpretó su *I Remember Clifford* en modo emotivo y moderno, y ha recuperado el sonido cálido de los años del Jazztet, que había desechado por una sonoridad más hiriente (se trata de un simple cambio de boquilla y lengüeta). De recordar también fue el solo de Junior Mance en *Willow Weep For Me*, con las más estrictas cadencias soul. A "Sweets" se le notó un poco la edad, aunque no dramáticamente. Al Grey estuvo alegre y flotante como cuando militaba en la orquesta de Basie, con escapadas hacia el bop puro. Andy McGhee, que ya estaba con Hampton a finales de los cuarenta, cumplió con su fogosidad de tenor texano: pocas ideas, pero con llamas y pimienta verde. El plato fuerte de la noche fueron las cuatro intervenciones de Clark Terry, firme, decidido, con todo su humor y su sabiduría. En definitiva, un concierto para recordar por su felicidad: la música de una época en que no quedaba mal sonreír, una época en que hasta los coches tenían cara. Dios bendiga a Lionel Hampton y sus Golden Men of Jazz. ■

Carlos Sampayo

Lionel Hampton.



Foto: Comin-Miró-Deigado

## Zaragoza: Más jazz que de costumbre

La programación del Festival de Jazz de Zaragoza tenía un prólogo de tres actuaciones a celebrar en el Centro Cultural de Delicias. La primera de ellas se llevó el gato al agua en una semana en la que el jazz intentó tomar por asalto a Zaragoza.

El cuarteto de Thomas Chapin, saxofonista neoyorquino que estuvo acompañado por Carlo Morena al piano, Joe Fonda al contrabajo, y Fernando Llorca a la batería, más Jorge Pardo como invitado, abrió fuego de manera un tanto extraña. Tan solo una hora antes de dar comienzo la actuación, Jorge no sabía bien de qué iba la fiesta y desconocía a Chapin, por lo que en los primeros temas, al ver la "bestia parda" que se le había venido encima, estuvo algo desdibujado. Pero Pardo es mucho *jazzman* y sacando su mejor vena Rollins (de la que un mes antes vi buenas demostraciones en unos duelos con Ramón Cardo) le plantó cara. Saxofonísticamente era mezclar aceite y agua, con un Chapin en las antípodas de Jorge con un sonido chirriante y quebrado que hizo las delicias de la facción "dura". Más equilibrados andaron con las flautas con las que se estuvieron divirtiendo y jugueteando un rato. Pero si en primera línea había dos *prima donas*, detrás había un trío de auténtico lujo que podía (y lo demostró) funcionar autónomamente al más alto nivel con Carlo viajando por la estratosfera, la potencia física de Joe y el absoluto control de Llorca, que es un batería de "no te menees". En el marco apropiado, ya habíamos visto lo mejor. Pasaron cosas.

Antes de llegar la programación del festival, propiamente dicha, celebrada en el Teatro Principal, aún hubo dos noches en Delicias con grupos locales, Nevada (estándar) y Gaia (fusión).

Las tres primeras actuaciones del festival estaban incluidas en los grandes (Madrid-Barcelona). Comenzó con Scofield-Lovano, que me desilusionaron totalmente al no cuajar una actuación como parece (por lo leído) que hicieron en otros lugares. Michael Camillo y la Big Band de la Radio Danesa fueron los grandes triunfadores con un hábil cóctel de pirotecnia y brillantez (el teatro se venía abajo). Las doradas estrellas de Lionel Hampton dieron lo que se esperaba ¿?

El (pen)último grupo se salía de la tónica de lo que se ha visto en Madrid y Barcelona. Jordi Vilá y sus Amigos, con el refuerzo de Bob Mover y Jerry Fuller. Presentados en el apartado de Jóvenes Valores, y a mitad de precio que las figuras, se vieron perjudicados por los tópicos de siempre (ni eran negros, ni americanos famosos, ni nadie había ido diciendo por allí lo buenos que eran... jóvenes valores, y de aquí, ¡un saldo!, y ya se sabe, los festivales los llenan los esnobismos y las concesiones). Con la firma de Mingus, más un precioso original de Jordi, *La dama del espejo*, hubo buen jazz, aunque se evidenciaba algún que otro defecto de conjunción en su segundo día juntos. La formación al completo y un lugar más apropiado, y hubiéramos tenido una buena ración de uno de los grupos más potentes del país.

Y aquí acabó el festival (bueno, en los carteles había un anuncio sobre una actuación de Yellowjacks,

pero yo no...) pero no fue éste todo el jazz que sonó en Zaragoza en la primera semana de noviembre; hubo dos noches del saxo navarro Javier Garayalde y otras dos de Malik Yaqub-Ove Larson Quintet en La Trompetilla, y una del vibrafonista americano Richard Greenblatt en el Pub Caribeño, organizada por los recién nacidos Zarajazz. ¡Da gusto, aunque sólo sea muy de vez en cuando, que tengas jazz para dar y vender! ¡Para cuándo te normalizarás jazzísticamente, Zaragoza? ■

Jesús Moreno

## Festival de Castellón Del 4 al 20 de noviembre Café del Mar - Castellón



Renée Rosnes

El Ayuntamiento de Castellón ha optado, por segundo año consecutivo, para la celebración de las jornadas Jazz a Castello, por la postura más coherente, utilizando para ello uno de los mejores marcos que pueda tener este tipo de música: un club de jazz. Café del Mar es el único club de la provincia y, pese a su corta edad (un año y medio), ya es considerado veterano. Las jornadas han contado con dos actuaciones de excepción, otra de músicos nacionales y, por último, dos más encaminadas a promocionar a los músicos locales.

El 4 de noviembre actuaba el cuarteto formado por Peter King (saxo alto), Jason Rebello (piano), Zé Eduardo (contrabajo) y Stephen Keogh (batería). Peter King es, seguramente, uno de los mejores músicos europeos en el saxo alto. Sus improvisaciones presentan una técnica intachable, totalmente al servicio de la sensibilidad musical que sólo los grandes *jazzmen* son capaces de transmitir sin solución de continuidad. Tanto en los tiempos rápidos como en las entrañables baladas, nos dejó cálidamente persuadidos. El pianista Jason Rebello, pese a su juventud, dejó bien claro el por qué es requerido por músicos como Wayne Shorter. Si bien King se mostró en el más puro estilo bop, Rebello dejó apreciar la influencia de otros estilos musicales.

El día 11 la actuación corrió a cargo del cuarteto de la pianista canadiense Renée Rosnes, con Ralph Moore al saxo tenor -un invitado de excepción-, y un



## Presenta el mejor jazz desde USA.

Homenaje a Duke Ellington (II)

LOUIE BELLSON OCTEC

JO THOMPSON TRIO

(Febrero)

STADFORD JAMES TRIO

JEFF JEROLAMON QUARTET

(Marzo)

KENNY DAVERN QUARTET

JEROME RICHARDSON QUINTET

(Abril)

VERNELL FOURNIER TRIO

JIMMY OWENS QUARTET

(Mayo)

Para mayor información

Tel.: (96) 137 01 43

Fax: (96) 137 20 34

Fuente del Jarro, 56

46980 PATERNA (Valencia)

acompañamiento del mismo nivel: Larry Grenadier (contrabajo) y Billy Drummond (batería).

Renée tiene merecida su fama ya que su estilo es perfecto: fraseo elaborado y técnica evolucionada al servicio de la musicalidad. El saxo tenor Ralph Moore también tiene su sitio entre las nuevas generaciones de líderes que están aportando al jazz unas expectativas insospechadas. Interpretaron impecablemente temas propios de Renée y algunos estándares, y se puede asegurar que esa noche se elevó el nivel de afición al jazz entre el público que abarrotaba el Café del Mar.

El viernes 13 actuó la formación Swing X Cinc, que cuenta con Francesc Burrull al piano y Ricard Roda en saxos y flauta -dos históricos del jazz en Barcelona-, y la cantante Laura Simo. El quinteto desarrolló un Homenaje a Cole Porter que, a buen seguro, hubiese merecido la aprobación del gran compositor americano.

Los dos últimos días fueron para los músicos locales: el cuarteto del guitarrista Fernando Marco que, con su excelente nivel, demostró la gran profesionalidad de las nuevas generaciones del jazz valenciano, y el trío del pianista Ricardo Belda.

No faltó al final la jam session de rigor en la que participaron casi todos los músicos que hoy llevan la avanzada del jazz valenciano. En definitiva, un ciclo completo, equilibrado, y con una excelente respuesta del público que llenó el local todos los días. ■

Trini Cano